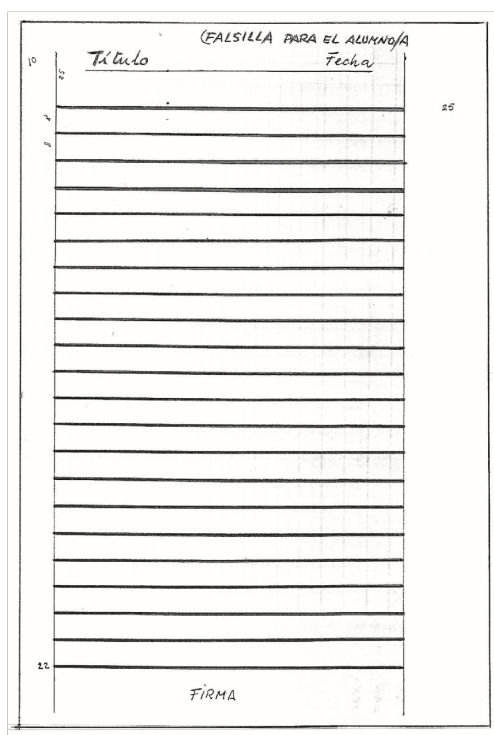


Los profesores nos hemos hecho caso unos a otros muchas veces con trucos infalibles que nos han salvado... Probad este sin falta

ESO LO TIENES QUE ESCRIBIR

Miguel Sánchez C. (M)

Hace 23 años que me topé con la FP de los Escolapios de Getafe. Antes, para mí la FP no existía. Y menos la “Garantía Social”, posterior PCPI [*Programa de Cualificación Profesional Inicial*] y actual FP Básica, para los descarriados. De manera sencilla, porque son sencillas, las redacciones entraron así a formar parte importantísima de mi trabajo, de mi vida. Son tan sencillas como una cuartilla vertical en blanco: 22 líneas. Cada alumno ha de hacer su “falsilla” para que las redacciones queden limpias, curiosas y del mismo tamaño: 1 cm. de margen izquierdo; 2,5 cms. en el derecho (para las correcciones); las líneas horizontales a 0,8 cms de distancia y arriba, a 1 cm., su título, número y fecha. ¡Cuánto le cuesta a más de uno hacer paralelas! La falsilla se pone debajo de la hoja en blanco: se transparenta y permite escribir recto y con margen, es decir, da un poco de la seguridad que tanto necesitan estos chicos y chicas. Ya van cinco cursos que se la damos fotocopiada, porque uno entendió



que debía hacer una “falsilla” por redacción y, ante tan terrible panorama, pidió a su padre que le fotocopiara un paquete. Tenemos para varios cursos.

Una vez hecho esto, cada uno se queda ante ¡la hoja en blanco! que le cuestiona. Algunos “se quitan” las redacciones de encima para cumplir y suelen estar muy vacías. Otros las van acumulando y cuando ya las tienen que entregar todas, corren y corren y así salen. Pero hay muchos que ven un desafío personal en cada título... y no pocos se acaban “enganchando” al vértigo del vacío y de la hoja en blanco.

Para estos alumnos-escritores, 55 redacciones son su primer libro. Se convierten en protagonistas de su propia historia, relatada por ellos, analizada y, a veces, cuestionada y cambiada. Me atrevo a afirmar que las redacciones han hecho mejorar la visión que muchos tenían de sí mismos y revisar aspectos de su vida que oralmente silenciaban y tapaban. Me vienen a la cabeza nombres de los últimos cursos a los que puedo asegurar que eso les ha pasado: Carlos, Cristian, Aarón, Jorge, Alejandro, José Ignacio, Daniel, Ismael... (en Mecánica sigue sin haber chicas: tres en 23 años). Estos han hablado más con el bolígrafo que con la lengua. Cuántas veces habré dicho: “Eso me lo tienes que contar en el próximo tema libre”... Y me lo contaba a mí y se lo contaba a sí mismo.

Cuántos padres y madres, sin saber qué hacer o cómo afrontar sus maltrechas y enfermas relaciones con sus hijos me preguntan qué hacer, sin saber que a ellos ya no les toca “hacer nada”, sino a sus hijos. Y a solas con el muchacho, o incluso delante de los padres, le pregunto por él y por sus padres. Y en cuanto empieza le digo: “Cuéntame ahora, pero lo tienes que escribir en una redacción”, o simplemente, “lo tienes que escribir”.

Siempre, entre dolor mezclado con miedo por los años “sufridos”, suelo escuchar esto: “Miguel, mi hijo no me cuenta nada. ¿Cómo está en la

escuela?”. En los casos más desesperados he llegado a enseñarles una redacción de su hijo. Y, para rizar el rizo y acercarnos a un número de circo, le digo al chico que enseñe la redacción a sus padres, a sus abuelos... Todos sabemos de la importancia de la palabra para entender los periódicos, las noticias, los contratos..., pero ahora estoy hablando de la importancia de la palabra para amar o para hacer daño, sobre todo, al que tenemos más cerca. Y, muchas veces, el cambio empieza cuando lo escriben, ¡perdón!, cuando lo piensan para escribirlo.

La hoja en blanco sigue permitiendo que alumnos con miedo a hablar en alto con su voz, sean capaces de gritar en el papel. Y una vez dado el primer paso, tenemos la certeza de que pueden dar otro paso más... aunque no me dé tiempo a verlo en un solo curso. Cuánta alegría me dan los antiguos alumnos que, cuando vuelven a *dejarse preguntar* o de visita, es raro que no digan que hace poco estuvieron leyendo las redacciones y disfrutando de ellas. O algo más entrañable: “Las tiene guardadas mi madre”. Aunque las redacciones no aportasen esta



profundidad, seguiría haciéndolas para provocar la limpieza y el orden, la constancia, la expresión sencilla, la claridad de contenido, la mejor ortografía, el signo de puntuación en sus sitio y las concordancias sin errores y sin muletillas...

¡Lo mucho que he aprendido y mejorado como persona y como educador, gracias a estas redacciones y a mis alumnos! Es impagable. La base es que aprendemos juntos. Sin esta premisa no hay educación.

